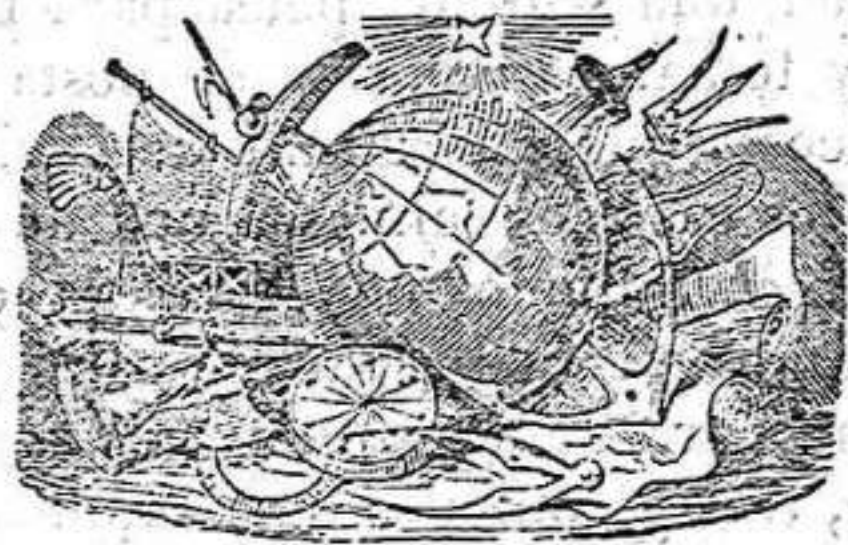


ALMAZACHA



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

DOMINGO 14 DE MAYO DE 1843.

La Semana Santa en Roma

en marzo de 1842.

Civitavechia - Roma.

En Civitavechia, al desembarcar el viagero, halla la misma comodidad, la misma favorable acogida que podria encontrar en las cabañas de los salvajes, arrojado por la tempestad sobre una costa inhospitalaria. La civilizacion en esta ciudad á cuatro pasos de Roma, es lo que puede ser en alguna de las islas del mar del Sur. Al desembarcar, una multitud de gentes, sin aguardar nuestro mandato, se apoderaron de nuestros equipages para llevarlos á la aduana, que mas propiamente podria llamarse una caverna. Estos hombres, de rostro repugnante, ojos voraces, cabellos á lo Robinson, color de cobre enmohecido, nos demandaron por los cuatro pasos que habian dado con nuestro equipage una cantidad escesiva. Se les negó, y se espresaron con las mas horribles blasfemias y juramentos. Hubo, pues, que levantarles el grito, que pronunciar las enérgicas intergecciones españolas, mil veces mas espresivas que el *accidente in tua anima*, que es el juramento ordinario de los italianos romanos, enseñarles los puños, y aquella turba blasfema, servil y cobarde entró en orden.

Es la avaricia de los habitantes de Civitavechia imponderable, asi como

su mala fe. Habíamos ajustado con un *voiturino*, nombre que se da á los alquiladores de carruages, un coche entero para nosotros tres; pero el *voiturino* en el coche habia metido seis personas mas, exigiendo que nosotros fuésemos en la delantera bajo un mal cobertizo, que llamaba *Cabriolé*. Indignéme tan mala fe; pero como ya habia cargado nuestros equipages sobre el imperial del coche, hubo que tener una segunda pelea para hacerlos bajar.

Lo logramos al fin, y tomamos una silla de posta para los tres; pues á todo trance y á cualquier costa queríamos salir de Civitavechia.

Interin enganchaban los caballos fuimos á una de esas casas que se glorifican con el nombre de *Hotel*. Subimos una escalera que hubiéramos mucho mas deseado bajar, entramos en una espaciosa sala, y pedimos de almorzar, *Collationi*. Despues de una hora de aguardar, nos trajeron un trozo de carne asada chorreando sangre, tres ignominiosos pescadillos que acababan de coger con caña en el puerto, y en la tierra clásica del Cecubo y del Falerno nos sirvieron un vino que nos hizo encontrar escelente el agua, que es de malísima calidad, y á la que muchos historiadores atribuyen el poco desarrollo de esta poblacion que no pasa de 8,000 almas, sin embargo de la mucha proteccion que le han dispensado varios pontífices, entre otros Benedicto XIV y Urbano VIII.

La cuenta por los tres exigia despues de tan raquíitico almuerzo 40 paulos; 80 reales!! El fondista al embolsárselos se sonreia con una sonrisa de demonio, y yo me admiraba de como en los Estados del papa estas gentes están en los Hoteles y no en la fortaleza misma de Civitavechia, donde se halla encerrado el famoso *Gasparoni*, terror un dia de la Italia, y cuya historia es horrible, y nos contaba el dueño del Hotel para hacernos mas corto el tiempo que nos hizo aguardar el almuerzo.

Entramos en la silla de posta... la silla era muy mala, los caballos escelentes, y el postillon con uniforme, con la tiara y las llaves del cielo en los brazos. El servicio de postas está perfectamente montado en los Estados del papa y en toda la Italia.

Al fin íbamos á ver Roma, que en medio de sus eternas grandezas iba á aparecer á nuestra vista como una de aquellas revelaciones bíblicas que petrificaban la pupila de los viejos profetas. Roma era aun para nosotros un misterio que duerme detras del velo del porvenir. A algunas leguas de aquí, cuando tres veces haya mudado de caballos ese postillon que los azota sin cesar entonando una melodiosa cancion, caerá la cortina, y lo que largo tiempo fué un sueño, será una realidad!

El camino que conduce á Roma desde Civitavechia es la antigua via aureliana, de catorce leguas, camino que en nada se parece á los que conducen á las grandes capitales de Europa. Su aspecto es rústico, solitario va serpenteando al pié de una montaña siguiendo muchas millas muy de cerca la costa del mar. De tiempo en tiempo se aleja de sus orillas, y teme uno no volver á verlo mas; pero de repente al doblar un recodo vuelve uno á encontrar el mediterráneo en este camino anfibio, que por un lado guarnecen los árboles del bosque y esmaltan las verdes praderas de algunas llanuras, y por el otro embellecen la mar, la mar inmensa cuyas olas vienen á estrellarse hasta los pies de los mismos caballos, mezclando el ruido de su espuma al de las alegres campanillas de que están cargados sus collares. Otra vez nos separamos del mar... pero esta vez nos internamos en la tierra perdiendo luego de vista nuestro armonioso compañero.

El camino ofrece desde entonces menos contrastes pintorescos, pero los campos presentan todas las apariencias de una risueña fertilidad, cerros cubiertos de viñedo, colinas cubiertas de verdes árboles, y de distancia en distancia aldeas, y castillos arruinados. Muy diferente es el aspecto de los habitantes. Los seres humanos que encontramos en medio de tan fértil y bella naturaleza, parecían pertenecer á otro país. Hombres en la mayor parte envejecidos, antes que por la edad, por una precoz decrepitud, mugeres de rostro y color febril mal vestidas, muchachos cubiertos de harapos y miserables. Chocante es bajo tan hermoso cielo y en tan bellos campos tanta miseria.

La miseria de los habitantes de la campaña de Roma ha sido objeto de la consideracion de diversos escritores. Alfieri, Lady Morgan, el suizo Bonstetten han tratado este asunto bajo diverso aspecto. Alfieri con toda la aspereza de la sátira, Lady Morgan con el desprecio de una protestante contra el gobierno pontifical, Bonstetten lleno de filantropía.

Llegamos á San Palo donde hallamos á todos los voiturinos que habian salido antes que nosotros y que conducian las familias inglesas y francesas que habian venido con nosotros en el vapor, los que se hallaban desesperados, pues habiéndoles prometido conducirlos aquella misma noche á Roma habian á la segunda parada desenganchado los caballos, y hasta la media noche no trataban de salir para llegar ya muy entrado el dia siguiente. Mudamos nuestros caballos, hicimos un cortés besamanos á voiturinos y pasajeros y seguimos nuestra marcha.

A la caída de la tarde divisamos el *Soracte* hermosa montaña que corta el horizonte con sus azulados contornos, y cuya cima cubierta de nieve aparecia rosada herida con los últimos rayos purpúreos del sol en su ocaso.

Esa montaña lejana emblanquecida de nieve que Horacio mostraba á su amigo invitándole á gozar las delicias de vida. Cuantas reflexiones suscitó en mí el aspecto de ese lejano monte!

Me trasladó mi imaginacion á la época en que el favorito de Mecenas escribia á Taliarque estos versos de la oda latina que tantas veces habia traducido en el colegio de las escuelas pías.

Vides ut alta stet nive candidum
Soracte, nec jam sustineant onus
Silvæ laborantes gelu quæ
Flumina consisterint acuto?

.....
Heu fugaces, Postume, Postume
Labuntur anni.....

Ves cómo el blanco Soracte levanta al cielo sus sublimes nieves, como sus árboles doblan su copa al peso del yelo y como sus arroyos helados han parado su curso?

Cuán rápidos ay! corren los años!!

Dos mil años hace que hablaba así Horacio de la rapidez de la vida, dos mil veces se ha derretido desde entonces la nieve del Soracte, dos mil veces ha vuelto el invierno á coronarla con sus yelos! Cuántos viageros desde entonces han saludado la poética montaña recordando esos mismos versos, y han ido á morir á otra parte! Yo á mi vez he admirado la magestuosa cima

qué se levanta del horizonte romano, y bien pronto como ellos habré dejado de existir, sombra vana, efímera, existencia tan perecedora como esa nieve del Soracte que tal vez hará derretir el sol de mañana. Consolador, empero, es que si el hombre es una criatura de tan frágil y corta duración, puede algunas veces dejar eternos é indelebles recuerdos de su paso en la tierra. Dos mil años hace que un poeta escribía á su amigo una oda sobre algunos copos de nieve, y estos versos se repiten aun hoy día por todo el mundo, y hacen vivir por siempre su nombre.

A una larga legua despues, y entre un inmenso resplandor por estar iluminada Roma por ser el undécimo aniversario de la coronacion del papa Gregorio XVI, divisamos la cúpula de San Pedro, faro sublime que indicaba á nuestra vista desde larga distancia el sitio donde se hallaba Roma. La ciudad de las siete colinas, de los edificios gigantescos estaba aun oculta por las sombras de la noche, por los cerros que nos separaban de ella.

De todos los monumentos, templos, columnas, teatros, iglesias, pórticos, obeliscos, uno solo se revelaba á nosotros, el templo de S. Pedro. Reinaba el piadoso silencio de las primeras horas de la noche. Roma aparecia á nuestra vista por la primera vez asentada en medio de un silencioso desierto, como la antigua Jerusalem llorando sus dias de alegría; reina descoronada meditando lejos del ruido del mundo sobre la nada de las grandezas humanas, viuda muda y pensativa inclinada sobre sus vestiduras de luto. Mas si el silencio era un emblema que rodeaba á la ciudad viuda de un pueblo rey, los resplandores de la iluminacion que doraban sus edificios, eran tambien un magnífico emblema de la corona de oro sobre la frente de esta ciudad reina aun. Era la aureola celeste que Dios suspendia sobre su cabeza en memoria de su largo martirio!

Viniéronseme entonces á la memoria los magníficos versos del Taso en el momento que el ejército de los cruzados divisó desde las colinas de Judea los primeros edificios de Jerusalem.

Ecco apparir Jerusalem si vede,
Ecco additar Jerusalem si scorge,
Ecco da mille voci unitamente
Jerusalem salutar si sente.

¡ Ah! siempre me acordaré del silencio, del resplandor que rodeaban á Roma á la hora de nuestra llegada.

En vano al entrar por la Puerta Caballegiera que es del siglo XV quiere uno recogerse en sí mismo y abandonarse á las primeras reflexiones que le inspira Roma. Un majadero cualquiera le pide á uno su pasaporte, le detiene un cuarto de hora para darle en cambio un mal pedazo de papel impreso donde hay un número, y una bárbara fórmula obligando al viagero á ir á recoger su pasaporte á la policía, sopena de ser mirado como sospechoso, y condenado á una multa que jamás dejan de exigir. Piden seis paolos (12 rs.) por esta tiránica operacion, y apenas han dado unos cuantos pasos, y trata uno de volver á tomar el hilo de sus interrumpidas meditaciones es preciso detenerse en la aduana. Pensábamos en la antigua Roma, en sus gloriosos héroes, en su gloria, pero no era tiempo de héroes ni de gloria, sino de abrir las maletas, de ajustarse vergonzosamente con los aduaneros para que no vaciasen en el suelo hasta el fondo de ellas. Regateóse la cantidad en virtud de

la cual habian de faltar á su deber los aduaneros pontificales, nos convenimos, y pasamos sin registro alguno, ni aun por mera fórmula.

Aun despues de concluidas estas vejaciones no pudimos entregarnos á la poesía que prestaba la vista de Roma iluminada, el sombrío castillo de Sant-Angelo, mas sombrío aun con el velo de la noche, y que revelaba la magestad del pueblo rey. Tuvimos que abandonar todo pensamiento, y fijar todo nuestro cuidado en los equipages, pues desde la aduana una cohorte repugnante de mozos, comisionistas, y gaudales rodeaba nuestra silla disputándose con voz aguardentosa el derecho de llevar al *hotel* nuestro *bagage*.—Algunos de ellos se adelantaron á cortar las cuerdas para descargarlos. Así que nuestros ojos no se separaban de la turba de los *fachinos* guardándonos bien de mirar ni un solo instante, los fragmentos de columnas, los monumentos, los palacios iluminados por donde pasábamos, esforzándonos en violentar nuestra natural curiosidad para no tener alguna imprudente distraccion. Llegamos al fin á diversos hoteles, pero, es víspera de carnaval, y millares de estrangeiros de todas las naciones curiosos como nosotros han ocupado todos los cuartos hace tiempo. En vano pedimos en varios de ellos el mas pequeño cuarto por estrecho que fuese, los dueños con una magestad irónica de mayordomos triunfantes nos contestan que hace ocho dias que no han podido recibir á mas de quinientos viageros. ¡O antiguos tiempos de la hospitalidad romana, en qué sin mas que sacudir el polvo del camino el viagero encontraba asilo en la primera puerta que llamaba! Colocaba detras de la puerta el bordon de peregrino, y se sentaba en el hogar doméstico, siendo servido y festejado de todos!

A nosotros nos fué preciso hacer y deshacer veinte veces el mismo camino, llamar á todas las puertas y ninguna se abria, y siempre el ojo fijo y alerta sobre los *fachinos*, correr los *albergos* y experimentar en todos una negativa, eterna, variada en todos los tonos y bajo todas las fórmulas, en fin, cansados, fatigados, abatidos, desencantados, nos detuvimos delante de una casa de un capitan de la Guardia Suiza del Papa, donde en consideracion á nuestro embarazo y pena, mediante 60 paulos diarios (120 rs.) nos cedieron una muy buena habitacion y tres camas.

Los *fachinos*, que nos seguian despues de tres horas que duró nuestra peregrinacion en busca de cuarto donde pasar la noche se apoderaron del equipage. En vano nos escalonamos en el pequeño tránsito desde el portal al cuarto principal para evitar la sustraccion de efectos de que ordinariamente son víctimas los estrangeiros á su llegada á Roma. No bastó tanta vigilancia para que no nos hubiesen robado un magnífico antejo de larga vista ingles, y un capote de barragan que dos dias antes habíamos comprado en Liorna.

Así es que desde nuestra llegada no nos sentíamos ya muy inclinados á la admiracion de Roma, molidos y fastidiados, y así despues de habernos instalado en la habitacion, que tanto nos habia costado conquistar, el primer objeto de nuestra visita fué buenamente un café, verdad es que este café es el punto de reunion de todos los artistas, y no una de las menores curiosidades de Roma.

Los cafes en Roma están muy descuidados, solo concurren á ellos los artistas y algunos estrangeiros. El café del *Greco* colocado á la estremidad de la *vía Condotti*, frente de la *Trattoria Lepri* la fonda mas concurrida de Roma á dos pasos de la plaza de España, que toca por medio de su magnífica escalera de piedra de 172 escalones con la *Villa Médicis* residencia de la academia

francesa, debe probablemente por esta vecindad el privilegio de atraer en su seno un pueblo todo de artistas.—Contento este café con su gran nombradía ha desdeñado todo adorno material. Sombrío, abovedado es una especie de gruta dividida en tres departamentos, que cada una tiene su particular clase de parroquianos.

En la primera que sirve como de vestíbulo, se han instalado los Alemanes; la segunda la ocupan los italianos, y el último salon que da á un estrecho patio es el cuartel general de los franceses y españoles; estos diferentes salones están adornados de pinturas, pero tan malas, que estos frescos que todos los dias están á la vista de tantos artistas, son sin duda obra de algun mal pintor de puertas y ventanas. Verdad es que á las horas de la concurrencia en este triple salon las pinturas de la pared y de la bóveda quedan perfectamente invisibles por la inmensa nube de humo, que una multitud de pipas y de cigarros despiden en este lugar. Entonces es cuando debe visitarse el café del *Greco*, entonces aparece en toda su gloria. Entonces vienen allí á tomar asiento cuantos representantes tiene el mundo artístico estrangeros por la lengua; por el vestido. Allí los alemanes, los franceses, los italianos, los ingleses á la confusion que presentan sus formas distintas, añaden la confusion no menor de los lenguages é idiomas. La torre de Babel no escuchó jamás tanta bulla, ni mas estraña mezcla de opuestos sonidos y enemigas sintáxis. No puede la pluma reproducir el zumbido confuso y prolongado en donde el diptongo aleman, la palabra italiana, las sílabas francesas y españolas se cruzan, mezclan, chocan, se unen, aglomeran y producen el rumor de una gran batalla de abispas y abejas en el interior de una colmena. Pero lo mas maravilloso del café del *Greco*, el prodigio aun no clasificado, el fenómeno digno de fijar la atencion de todos, es el mozo del establecimiento, es *Pietro*.

Pietro es un personaje mas raro en su especialidad que un ministro, que un general, que un gran poeta. Todas las tardes y noches hace una misma cosa, que nos parece mas difícil que dirigir la máquina de un gobierno constitucional, que combinar los movimientos estratégicos de un ejército, y arreglar el plan de un drama. Todas las noches él solo, sin auxiliar ni adjunto alguno, hace frente á toda la concurrencia inmensa del café del *Greco*, repartida en las mesas de su triple salon. Treinta voces le dan á la vez sus órdenes en distintos idiomas, pues en medio del tumulto que le rodea, *Pietro* oye las treinta voces, y un instante despues responde á todos, viniendo cargado de una pirámide de vasos, tazas y botellas, colocando delante de cada uno el objeto que le ha pedido, sin titubear, sin confundirse, sin equivocarse jamás. Jamás *Pietro* ha roto un vaso, ó ha servido un ponche al que le pedia orchata.

Pietro es admirable en el ejercicio de las funciones que ejerce sin absorber en ellas toda su atencion. Entre cualquiera y pregúntele en cualquier lengua por uno de los parroquianos, y de repente *Pietro* le contesta si está allí y en qué mesa, si no está él le dirá la hora á que ha salido, y aun muchas veces la hora á que debe de volver. El perfil de *Pietro* pintado por infinidad de artistas es mas popular en Roma que el mas bello tipo de mármol antiguo. Entre esta multitud de artistas de todas las naciones que hace gran número de años frecuentan el café del *Greco*, es fácil conocer que ha habido muchos grandes, eminentes é ilustres. Aun se enseña el sitio donde algunas veces venia á sentarse Chateaubriand, ese poeta-embajador, que se gozaba mas en la reunion de los artistas que en los elevados círculos de los diplomá-

ticos. Aun se ve la mesa donde Cánova pasaba horas enteras, cuando jóven aun y recién llegado de Venecia venia á pedir el derecho de ciudadano á la ciudad de los mármoles eternos y á hacer conocimiento con esa poblacion de obras maestras de piedra que respiran en sus galerías. Tal vez merecerá la crítica de algunos que haya comenzado mi pintura de Roma por la descripción de un café, pero yo les responderé que si hubiese consagrado mis primeras líneas á S. Pedro, al coliseo, á la columna de Trajano hubiese hecho lo que casi todos los escritores viajeros han hecho antes que yo, y probablemente no hubiera dicho otra cosa, ni mejor que ellos lo han dicho. Comenzando por la descripción de un café, he evitado el escollo de la repetición trivial, y he dado algunos detalles inéditos sobre una curiosidad de Roma, y de que no se habla en libro alguno. Además cuando la misma noche de nuestra llegada nos apresuramos á ir al café del *Greco* no era un motivo de simple curiosidad, sino el deseo de encontrar un amigo, un compatriota. En una mesa rodeado de artistas españoles y franceses, sus amigos y émulos, encontramos al jóven pintor D. Antonio Arbos.

Arbos es uno de aquellos artistas de quien podemos sin temor preconizar el admirable talento, porque si algunas personas encuentran hoy que exageramos algo; dentro de algunos años estas mismas personas pensarán que hemos dicho poco. Arbos es hoy el primer pintor de acuarelas en Roma; á su pincel debe su cómoda subsistencia, pues pensionado por el anterior gobierno, las pensiones no se pagan bajo el régimen actual. Este estimable artista era el objeto de nuestra visita en el café del *Greco*.—Yo me nombro, nos dijo, el *Cicerone* de Vds. por todo el tiempo de su permanencia en Roma: aceptan Vds.?—Desde este instante, le respondimos estrechando su mano.—Con él hemos visitado todos los monumentos de Roma; él con una erudición poco común nos ha hecho conocer todas las bellezas de la ciudad artística; él nos presentó á sus compañeros, entre ellos al jóven Federico Madrazo, orgullo de nuestra patria, y cuyo pincel miran en Roma con respeto los primeros pintores de aquella capital, y el punto de nuestra reunion todos los días era el café del *Greco*.

Cuanto mas se avanza en el mar mas profundidad se encuentra, lo mismo sucede en Roma. No se puede espresar de otro modo el efecto que produce la vista de esta gran capital. Roma es un abismo donde la vista descubre siempre nuevas profundidades, un océano sin fondo; considerado como foco de recuerdos históricos, como centro de lo pasado, Roma necesita la vida entera del sabio y del filósofo para su estudio. Considerada bajo el punto de vista material como coleccion de ruinas, de monumentos antiguos y modernos, de templos, palacios, islas, museos como una inmensa galería donde se hallan reunidas todas las obras maestras del arte exigiria la permanencia de algunos años.

Dichosos los que puedan plantar su tienda sobre una de las siete colinas, y decir permaneceremos aqui hasta que nada nos quede que conocer de los romanos.

Desde su cuna seguir de siglo en siglo el curso de su prodigiosa historia, evocar la sombra de sus reyes, sus cónsules, sus tribunales, sus generales, sus emperadores, ver al hijo de Silvia el feroz Rómulo, hombre terrible, trazar con el arado los cimientos de la ciudad donde un dia debian reinar los Césares; ver al pescador de Galilea llegar de los lagos de Judea; entrar desconocido en Roma con su báculo de peregrino, pobre báculo de palo que debía

trocarse en un cetro esplendente de oro, adorado por los reyes y por las naciones en el porvenir, y que debía hacer mas por la civilizacion del género humano bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamas los *divinos* emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas.

No es hoy de mi propósito describir los grandes monumentos de Roma, ni las funciones tan célebres en todo el mundo del carnaval, cuya solemne apertura proclama el senado romano desde el capitolio. Desde ese mismo capitolio, donde un verdadero senado dictaba la ley al orbe entero en otro tiempo; el senado que presidia los triunfos donde naciones enteras iban encadenadas, donde los reyes precedian el carro de sus cónsules, desde un palco de la plaza del *Popolo* y de la de *Venezzia* preside hoy las carreras de caballos sin giuete, y las zambras, y la bulla de las máscaras, recuerdo imperfecto de las saturnales de los antiguos tiempos. Burla de los nombres mas sagrados aun despues de destruida su realidad!

Los cuatro grandes monumentos de las dos edades de Roma, sin contradiccion alguna son, el coliseo como teatro, el panteon como templo, y S. Pedro el coloso de las iglesias, y el Vaticano el coloso de los palacios. Todo está ya dicho, si alguna vez ha podido decirse todo de esas inmortales obras de los romanos antiguos y modernos.

No es hoy mi propósito describir cuanto hemos visto y observado durante nuestra permanencia en Roma, ni mis observaciones y estudios sobre el mecanismo y régimen del gobierno pontifical, sino hablar de las funciones de la Semana Santa que es la semana mas religiosa del año en Roma, y á la que llaman indistintamente *gran semana*, *semana de indulgencias* y *semana penal*. San Pedro es de todas las iglesias del mundo donde se celebran sus misterios con mas pompa y variedad. En estos dias santos se ven reunidos en Roma mas de 70,000 estrangeros, de diversas religiones, y cultos que vienen á presenciar tan imponentes ceremonias.

Las poblaciones inmediatas de Tívoli, Fiascati, Sabina, Nettuno, Soncino, con sus pintorescos trages, vienen á aumentar el número de los moradores de Roma. Entonces mas que en otra época alguna se ve en gran movimiento la poblacion romana tan varia en sus tipos y en sus trages, religiosos de todas órdenes y de todos colores, elegantes abates, prelados de todas gerarquías, soldados de todas armas, fieros y morenos transteverianos con el sombrero cónico y embozados en sus capas en forma de togas, mugeres de todas condiciones, nobles las unas vestidas como las damas francesas del pueblo, las otras pintorescas en su peinado y trage, hijas del Tíber, de ojos ardientes, de talle esbelto como las Julias y las Cornelias, marcando sus anchas y flexibles caderas; bajo un gracioso corpiño de terciopelo encarnado, y llevando sugetas sus grandes trenzas negras con unos grandes alfileres dorados, que en ciertas ocasiones convierten en puñales de acerada punta. Llámanlas en Roma *eminentes*, y son en su aire, garbo y desgarró como las manolas de Madrid.

DOMINGO DE RAMOS. 20 DE MARZO 1842.

Nada hay mas hermoso que el llegar este dia al galope de dos caballos entre una multitud de seiscientos coches á la inmensa plaza que precede al templo de San Pedro, esa maravilla del mundo, apearse en la doble y gigantesca

columnata que le circunda, al ruido de las dos fuentes colosales, cuyas aguas arrojadas á grande altura bajan convertidas en blanquísimo vapor. Allí se ve la magnífica fachada de la Basílica á que se sube por una porcion de escalones de piedra con espaciosos descansos, y cuyo peristilo guardan, eternos centinelas, las estatuas equestres de Constantino y Carlomagno, ostentándose en medio de la inmensa plaza el obelisco de Heliópolis traído á Roma por Calígula y alzado allí magestuosamente por Fontana en el pontificado de Sisto V. Empresa grande vanamente intentada por otros papas.

La columna pesaba 963,537 libras romanas y tiene mas de 100 pies de altura. Nicolao V. tuvo la ambicion de plantearla delante del vaticano, la muerte le sorprendió antes de realizar su proyecto. Mas tarde Miguel Angel fué invitado por Paulo III, para verificarlo, y Miguel Angel, que no retrocedia delante de ningun prodigio del arte, Miguel Angel que habia construido la cúpula de San Pedro que parece suspendida en los aires, retrocedió ante este trabajo. En fin Sisto V. el papa de las empresas gigantescas, quiso que en los siglos futuros brillase su memoria en la cúspide del coloso egipcio. Convocó á todos los arquitectos del mundo, y eligió al jóven Domingo Fontana.

El diez de setiembre de 1586. Fontana se presentó sobre la plaza de San Pedro con 800 obreros, 150 caballos y 70 máquinas. Sixto V el Papa terrible en sus rigores, asistia en persona á las maniobras mandadas por el arquitecto. Como un silencio profundo era necesario para que se oyesen las órdenes del artista clara é instantáneamente del ejército de operarios á fin de obtener de un modo indudable el silencio, hizo promulgar que seria castigado con la muerte el que profiriese la menor palabra. El cadalso se hallaba levantado á un lado, el verdugo era tambien uno de los espectadores, y el pontífice era inflexible!

La maniobra habia comenzado: el coloso se elevaba lenta y pausadamente de la tierra. Jamás en medio de tan inmensa multitud reinó tanto silencio. Todos sabian que la muerte estaba pendiente de sus cabezas.

El anciano Papa echaba su mirada sombría y severa sobre las 66 máquinas, y sobre el pueblo que temblaba de impaciencia. Fontana de pié sobre el tablado, mandaba las maniobras con la ansiedad de un hombre que ejecuta casi un imposible en presencia de su soberano, y delante de un pueblo entero atento á sus menores movimientos. El obelisco que lentamente se levantaba del suelo, se detiene de repente, las cuerdas no estaban tirantes para poder concluir la ereccion del sublime granito, entonces de enmedio de aquella inmensa y muda muchedumbre alzóse una voz estentórea, vibrante, sonora arrojando este grito: *Acqua alle funi! Mojad las cuerdas!* Era la voz de un marino que conocia el efecto que produce el agua sobre las cuerdas. Fontana sigue el consejo del desconocido, y el obelisco, perpendicular, descansa al fin sobre su pedestal, y el cañon, las campanas, los aplausos de la muchedumbre ansiosa de romper el silencio, anuncian el feliz éxito. Fontana corre al trono del terrible Sixto V. para obtener la vida del desconocido que tan generosamente se habia ofrecido á la muerte, por el interés de su obra á él como artífice, y por la gloria de Roma al Pontífice.

Apesar de su severidad, Sixto V no solo perdonó al jóven marino, sino que le ofreció concederle cuanto le pidiese. *Forma un deseo y lo verás cumplido.* Pudo haberle demandado ser capitán de las galeras pontificias, un palacio, riquezas; pero el marino no pensó en abandonar el mar que sus hijos aman como una patria, no pensó sino en su pobre familia establecida en San.

Remo, pequeña población de Génova. Santo padre, le dijo, yo sé que las iglesias de Roma consumen el domingo de Ramos una multitud de palmas, mi padre posee en la costa de Génova un bosque de palmeras: pido por único favor que mi padre y todos sus descendientes gocen perpétuamente el privilegio exclusivo de vender las palmas á las iglesias de Roma para la solemnidad del domingo de Ramos.

La multitud se admiró de esta petición, Sixto V estrañó la modestia de su deseo, y concedió en el acto el privilegio. No era por cierto tan corta la ambición del joven marino, algunos años mas tarde ya eran poderosos los propietarios de las palmeras de S. Remo. El beneficio que deja esta venta renovada todos los años es incalculable. Hasta hoy dura este privilegio, y todos los años los propietarios, ya millonarios, dirigen á Civitavecchia una flotilla cargada de palmas, de que se hace en Roma un consumo inmenso.

Atravesamos la magnífica plaza, miramos el soberbio obelisco, y pasando el suntuoso peristilo de S. Pedro, levantamos la inmensa y pesada cortina que pende delante la puerta del templo, encontrándonos de repente en el suelo de la nave sublime, donde el alma experimenta una serie no interrumpida de sorpresas y encantos que se complace en resucitar como el mas hermoso de sus recuerdos, pero que la palabra no puede desenvolver y explicar.

Así yo solo diré he visto á S. Pedro!!!.. he bajado á su confesion, especie de capilla subterránea donde dicen que se guarda parte de su santo cuerpo y del apóstol S. Pablo, y donde noche y dia 112 lámparas de plata colocadas en una balustrada circular arden en su honor. He recorrido la iglesia subterránea donde se conserva aun el pavimento de la primitiva, construida por Constantino sobre el mismo circo donde Neron inmoló los primitivos cristianos, mártires generosos, cuyos cadáveres yacen allí, y por cuya razon los Pontífices que cooperaron á la construccion de la iglesia de S. Pedro, recomendaron siempre á los arquitectos el dejar intacto el pavimento donde era el cementerio, y sobre el que se levantó la mas célebre basílica del mundo.

En estos subterráneos donde condensado el aire hace penosa y difícil la respiracion, están sepultados diversos papas y príncipes, cuyos soberbios mausoleos de piedra y bronce adornan la iglesia de San Pedro. Yo he dicho que no intentaba hacer una descripcion de San Pedro, y así dejaré dormir en sus sepulcros á los desgraciados Stuardos, á la inicua Cristina reina de Suecia, que de todas las joyas de la corona que donó á la iglesia solo se reservó una espada para asesinar á su amante Monadelchi, ó la bella é ilustre amiga de Gregorio VII la princesa Matilde que hizo la tiara tan amable como poderosa, y cuya estatua con la tiara en la mano y las llaves está entre la de los pontífices; á Alejandro VI, el famoso Borgia, el iberio de la tiara, y á tantos otros papas cuyos sepulcros y estatuas con cortas excepciones adornan mejor las naves de la Basílica que honraron en vida el trono pontificio. No hablaré del altar mayor alzado sobre la confesion de San Pedro, bajo un magnífico dosel de bronce, sostenido por cuatro columnas del mismo metal arrancado del panteon de Agripa, obra admirable de Bernini, ejecutada por orden de Urbano VIII en 1663; cuyo dosel costó solo su dorado 60,000 fcs. (2,408 rs.) y 100,000 escudos de oro su hechura, siendo su altura de 124 palmas. El altar está vuelto al Oriente, segun la costumbre de la primitiva iglesia, y solo celebra en él el pontífice.

Alzamos la vista á la inmensa y prodigiosa cúpula cuyo remate apenas se

percibe desde el suelo, cuyas pinturas todas son de riquísimo mosaico y en donde en el entablamento interior donde comienza esta única y singular cúpula está escrito al rededor en letras de siete pies de altura; *tu es Petrus et super hanc petram edificabo ecclesiam meam et dado tibi claves regni Coelorum*. Desde el pavimento de la iglesia subterránea al final de la cúpula hay 435 pies de altura!!!

Contemplamos la tribuna que contiene la silla de S. Pedro adornada por los planos de Miguel-Angel.—Allí sobre un altar de hermosos mármoles al que se sube por dos graderías de pórfido, cuatro colosales figuras de bronce dorado, obra del inmortal Bernini, representando cuatro doctores de la iglesia, dos de la latina y dos de la griega, sostienen una gran silla también de bronce dorado, en cuyo interior está, dicen, encerrada la que sirvió á S. Pedro.—En este inmenso edificio todo es mármol, lapiz-lázuli, pórfido, bronce, marfil; la piedra apenas aparece mas que para completar la decoracion de este gran templo, cuyo centro parece vacío casi cuando solo contiene tres ó cuatro mil espectadores. Las ceremonias religiosas que se celebran en él en las grandes solemnidades participan de un brillo poético, triunfal, sobrehumano donde las nubes de incienso, los cantos de celestial música, el esplendor y riqueza de las vestiduras sacerdotales revelan la naturaleza de Dios y del hombre. La iglesia de San Pedro es á la vez la obra maestra del catolicismo y del arte, un templo y un museo. Costó su construcción al tiempo dos siglos, al pontificado ocho papas, y al tesoro de todos los fieles mas de ochocientos millones de reales.

La bendicion de las palmas se verifica por el papa en la capilla Sixtina, y despues comienza la procesion; nosotros no asistimos á este acto porque queríamos gozar del magnífico y sorprendente espectáculo de esta al entrar en la iglesia para ir á la capilla Paulina. Una hora haria que estábamos en la iglesia, cuando oimos abajo, hácia el pórtico, los primeros rumores, y despues el gran ruido que anunciaba la proximidad de la procesion. Viene esta procesion cantando palabras que aunque hemos oido muchísimas veces, allí en San Pedro parecen tener otro sentido y significacion.



LA BRUJA DE LANJARON ó UNA BODA EN EL INFIERNO.

Comedia de figuron en tres actos por D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ, ejecutada en Madrid, teatro de la Cruz.

Todos los que entienden algo de pintura, saben perfectamente que es mucho mas fácil hacer la caricatura de una fisonomía, que un retrato parecido, sin que esto quiera decir que una caricatura carezca absolutamente de mérito: para saber exagerar con gracia las facciones y las actitudes de una persona, es necesario talento sin duda; pero para reproducir exactamente las mismas facciones y las mismas actitudes, es preciso mayor estudio, mas arte y mas delicadeza, como que la semejanza no ha de presentarse á la vista por la exageracion de tal ó cual rasgo marcado del semblante que se copia, sino por la perfecta imitacion de cada uno de ellos, y por la armonía del conjunto. La verdad de este principio es aplicable también á las obras dramáticas, por

lo que respecta á la pintura de caracteres. Siendo estos, por decirlo así, la fisonomía moral de los personajes que el poeta introduce en su fábula, la reproducción exacta de ellos es una de las grandes dificultades del arte; y el valor de esta dificultad vencida lo saben apreciar pocas personas.

Al contrario, la caricatura de un carácter es mucho mas fácil de ejecutar, al paso que produce mayor efecto sobre la generalidad del público, y si está pintado con gracia y talento logra también atraerse el interés de los inteligentes.

La comedia llamada de figuron es el resultado de esta observacion, que no dejaron de hacer nuestros antiguos poetas, y que valió á nuestro teatro unas cuantas comedias escelentes en este género, y conocidas de todo el mundo; tales son entre otras *El Dómine Lucas*, *El Hechizado por fuerza* y *El Castigo de la Miseria*; aunque esta última, en nuestra opinion, si bien en cuanto á la forma no puede negarse que participa de dicho género, por el fondo de su argumento, por el pensamiento que desarrolla, y hasta por muchos de sus detalles pertenece mas bien á la comedia de carácter.

El señor Rubí que tan escelentes muestras de su talento nos ha dado ya en la comedia de costumbres, sobresaliendo en todas ellas entre las muchas buenas cualidades en que abundan, la pintura exacta y bien entendida de los caracteres, ha querido, segun parece, ensayar en esta el género de que hablamos. Muy fácil le hubiera sido al señor Rubí escribir una buena comedia de figuron; pero ha creído necesario hacer una variacion esencial en el género, sustituyendo á la caricatura del personaje principal de esta clase de comedias, la exageracion ó sea la caricatura de la accion; y esto á nuestro juicio es un error, que sin duda alguna ha dado origen á los defectos de que adolece su obra. Nos explicaremos.

Decimos que es un error, porque ó mucho nos equivocamos, ó la caricatura de la accion no puede existir sin la caricatura de los personajes, ó del personaje principal que en ella influye; asi como por el contrario, la caricatura del personaje puede existir muchas veces sin la caricatura de la accion.

Todas las comedias antiguas de figuron, todas las de mágia son tan exageradas en su fábula como en el carácter del protagonista, y no puede menos de ser asi. Para que el espectador conceda en el teatro cosas extraordinarias ó inverosímiles, es necesario que se identifique completamente con el personaje por quien pasan aquellos sucesos, y que á fuerza de creerlos este, se los haga creer al público colocado ya en su situacion y penetrado de su carácter: pero si el del protagonista no se halla en armonía con la accion de la fábula, el público tiene que hacer entonces una concesion mayor al poeta, y que es imposible arrancarle. Tiene que convenir no solo en la posibilidad de los sucesos que á su vista pasan, sino tambien en la posibilidad de que obre bajo la influencia de ellos el personaje para quien se han combinado. Asi es como dos inverosimilitudes, la del carácter y la de la accion, se sostienen y apoyan mutuamente. El señor Rubí al querer combinar una accion exagerada, con caracteres pintados con naturalidad, ha creído tal vez hacer una innovacion, y solo ha logrado á nuestro juicio, destruir por decirlo así uno de los dos puntales sobre que se apoyaba la comedia de figuron, razon por la que creemos nosotros que la suya no ha podido sostenerse.

Hemos dicho mas arriba que la caricatura de un personaje puede existir en el teatro sin la caricatura de la accion, y esto no necesita demostrarse aun-

que parezca á algunos que se contradice en parte con lo que acabamos de probar. A una persona que ya sea por educacion, por imaginacion ó por carácter esté dispuesta á creer en sucesos extraordinarios, y á obrar bajo la influencia de ellos, pueden acontecer sin disputa otros sumamente naturales, y en que hablando siempre segun su carácter exagerado, obre sin embargo en ellos como otro cualquiera.

Volviendo á la comedia del señor Rubí, aplicaremos á ella la opinion que sentamos mas arriba. D. Lope es el personage en torno del cual gira la accion de la comedia. Para atemorizarle, para obligarle á renunciar el derecho que tiene á la mano de la duquesa, es para lo que ésta finge todo el cúmulo de enredos, disfraces y apariciones con las que al fin consigue de él lo que se propone. Pero D. Lope es un hombre despreocupado, emprendedor y nada cobarde, es casi un don Juan Tenorio en algunas ocasiones, en que se burla de todo lo que se inventa para asombrarle. Es cierto que algunas veces duda y vacila entre tanto enredo; pero á esto es á lo mas, que con el carácter que le ha dado el autor, puede conducirle la habilidad de la duquesa. Lo natural en D. Lope, tal como está dibujado, no es ceder á un artificio que no logra nunca amedrentarle completamente, y solo en el final del segundo acto en que un narcótico mezclado en el vino influye directamente sobre su cerebro y encadena sus fuerzas físicas, es concebible y verosímil su asombro y debilidad. Pero la influencia del narcótico y la sorpresa al despertarse en un subterráneo en el acto tercero, no son bastante poderosas á hacerle creer que se halla realmente en el infierno, y la violencia de esta situacion se deja ver notablemente en la contradiccion que hay entre lo que dice y lo que hace: pues en todo el acto habla como un D. Juan delante del comendador, y obra como el *hechizado* por fuerza cediendo al temor del infierno y de los diablos de quien se burla al mismo tiempo. Lo mismo decimos del carácter de Ramiro, que mal puede persuadirse un solo instante de las hechizerías de la duquesa, cuando él mismo contribuye poderosamente á los enredos de que se vale aquella para asustar á D. Lope. Tampoco es bastante para que los dos la atribuyan un poder sobrenatural, el ver descubiertos por ella, el uno sus amores, y el otro su deshonor, pues esto tiene para hombres del carácter que el autor supone en ambos, esplicaciones mas naturales. En toda la comedia, á consecuencia de haber roto el enlace que nosotros creemos firmemente debe existir entre el género de los caracteres y el género de la accion; los unos marchan por un lado y la otra por otro, hablan como deben hablar, y obran como el autor quiere que obren, y este es el defecto capital de la comedia y lo que debilita su interes. Al contrario, *Suspiro* que es una caricatura, y que está en armonía con la exageracion de la fábula, no causa ninguna estrañeza, escita la risa, y cuanto dice y hace es muy natural y verosímil.

Tal vez no se ha ocultado al claro talento del Sr. Rubí la dificultad que ofrecia la combinacion de caracteres naturales y verosímiles, con una accion exagerada, y en cierto modo maravillosa; pero acaso él creyó solamente difícil lo que nosotros creemos imposible. La dificultad es un estímulo para todo el que como el señor Rubí es un verdadero poeta, y está acostumbrado á vencerla. Ha luchado, pues, con ella, y si no ha salido completamente airoso del combate, otras de mas importancia con respecto al arte ha superado ya en sus anteriores comedias, que le han grangeado una reputación tan sólida como merecida.

Prescindiendo del defecto principal de la producción que examinamos, y que hemos censurado con toda la imparcialidad y conciencia que nos impone nuestro deber, y la sincera amistad que nos une con el señor Rubí, la acción en toda la comedia marcha perfectamente con desembarazo y sin episodios inútiles; y dejando ver la mucha experiencia del teatro, que el autor va adquiriendo de dia en dia, fruto de la aplicación con que se dedica al estudio del difícil arte que profesa.

Los caracteres considerados separadamente, también son dignos de atención, y el de Rosalía está dibujado con tanta delicadeza, gracia y ternura, que basta él solo para dar interés á una comedia, en que estuviera menos ofuscado por el género de la acción, y mejor interpretado que lo ha sido por la actriz encargada de su desempeño.

Suspiro es un gracioso de comedia antigua que puede competir con los mejores de aquel teatro. Pero donde mas brilla el talento del señor Rubí, donde se reconoce completamente el autor de *Detras de la Cruz el diablo*, es en el estilo de toda la comedia y en la facilidad y propiedad del diálogo. Mucho sentimos que la falta de espacio no nos permita insertar algunas escenas que parecen arrancadas de nuestro antiguo teatro, y que son un modelo de fácil y sonora versificación.

¡Toledo fué!!!

Hubo una ciudad tan antigua como las generaciones, tan rica como Tiro, tan fuerte como Cartago, tan sabia como Atenas, tan católica como Roma. Esa ciudad fué corte de cien reyes, fué la mejor perla de un reino, fué la que resistió y venció diversas razas, fué la cuna de los sabios, fué el modelo del mas espléndido culto y la madre que mas hijos dió en ofrenda á la divinidad. El nombre de esa ciudad dice mas que sus historias, porque con las descripciones de los grandes pueblos sucede lo que con las biografías de los grandes hombres. Mas grande es el autor del Quijote llamándole solo Cervantes, que descendiendo á minuciosos detalles de su vida. La razón lo concibe entonces todo; la imaginación no encuentra límites en el genio, y su entusiasmo cede, su alegría se sofoca, y la tristeza acontece porque halló un vacío á su concepción porque el hombre era mayor con su nombre que con las noticias de sus enfermedades y cautiverio, del sitio en que nació y de los años que viviera. El príncipe de los ingenios fué español y esto basta..... no murió porque vive en todos los países; porque sus obras circulan en ellos; y en ellas se agita incesantemente su espíritu. La muerte es solo patrimonio de tiranos é ignorantes. La historia de la ciudad que pasó, dice mucho, el triste recuerdo de lo que fué dice mas, su nombre lo dice todo.

Su nombre es siempre un poema, su recuerdo es muchas veces la inspiración, su historia no es todo lo que era, porque hay cosas en verdad que nadie puede describir. Así sucede con la ciudad. Bella mas que las formas orien-

tales, atrevida mas que los muraretes de Santa Sofia, magestuosa mas que las pirámides, era mas que todo eso, porque era conjunto de mil maravillas mas. Las impresiones que su vista producía eran mágicas y seductoras, son las que producen las obras del arte y del ingenio. Y ellas son su principal dote, su mas bella cualidad; y esas impresiones todos las reciben, pero nadie puede describirlas. Esas impresiones no se confunden con los escombros de los pueblos, como no se sepultan con las cenizas de los grandes hombres el respeto y veneracion que se grangearon. Los hombres y los pueblos son mas grandes en su muerte que en su vida.

Su existencia despierta rivalidades, la muerte las estingue, y la tumba de unos y otros es la cuna de sus glorias. Barcelona es hoy mas célebre que el año pasado; su destruccion ha llevado su nombre mas allá y con su ruina su elogio. Napoleon animado, tenia inmensos enemigos y todo el mundo cesó de ser enemigo de Napoleon exánime. Solo vivia en Santa Elena y nunca está sola su tumba. La vida de Cervantes fué tan fecunda en honras para su patria, como estéril esta en producir lauros para sus sienes. Sucedió su muerte, y al escavar su sepulcro se empezó á cultivar el vergel del árbol de la gloria, como si no hubiera mas tierra que su cadáver para darle jugo y frondosidad. Lo mismo sucede con los grandes pueblos. ¡ Cuán dura es la condicion de ambos! ¡ Cuán intrigante es la sociedad! Nos dejaron las producciones de su ingenio y aun ponemos en fermentacion sus cuerpos para extraer el jugo con que se han de nutrir las flores que hemos de derramar sobre sus tumbas. Pero si fecundo é inagotable fué su espíritu para producir obras, fecundos é inagotables son sus cuerpos para producir flores. Hay no obstante entre los hombres y los pueblos una diferencia muy notable. La vida de los hombres célebres no es mas que un punto en la esfera de los siglos, y ese punto no se puede aumentar; la existencia de los grandes pueblos una línea, y esa línea se puede prolongar. Si el punto se borra, nadie le reemplaza; si la línea se divide ó disminuye, con otro punto se une ó complementa, con otro punto se aumenta mas y mas. Si pudiéramos evitar la muerte de los hombres célebres como la ruina de los grandes pueblos, lo haríamos. ¿ Por qué los abandonamos á su destruccion? Si pudiéramos prolongar la existencia de aquellos como la de estos, lo haríamos tambien. ¿ Por qué en vez de conservarlos los destruimos? Asi es como procede el hombre, y en esto solo es mas poderoso que el tiempo. El tiempo luchó por dilatado tiempo contra la ciudad, y la ciudad se ostentó siempre invencible. Los ardides, los sistemas de diversas dinastías y creencias de varios aspectos políticos la respetaron antes; porque todos sus autores sabian que una ciudad es una de las joyas con que mas se engalanan las naciones. Pero sonó una voz y la ciudad fué. Esa voz se oyó en el recinto de sus murallas, y el ruido de su destruccion resonó en uno y otro polo. Porque la ciudad fué señora de dos mundos. Sus súbditos lloraron por su destruccion, y la sintieron tambien los mismos que la causaron, como siente la pérdida de un hijo el padre que le asesinó, con la pena roedora del remordimiento. La ciudad fué. La ardiente lava de volcánicos sistemas calcinó los cimientos de sus templos, y sus bóvedas se entreañaron y desplomaron. La ciudad fué. La basílica de sus reyes y prelados, de sus concilios y córtes era el palladium de nuestras glorias y siglos ingratos. La destruyeron. La ciudad fué. El carro de la revolucion pasó por el palacio de sus reyes y emires. La ciudad fué. Las artes se refugiaron al sagrado asilo del alcázar de Carlos V, y la intriga estrangera incendió los artefactos y borró el pensamiento de

Herrera. La ciudad fué. Las almenas de Wamba se sepultaron, las de don Alonso se conmovieron, y todas fueron presa de airadas manos. La ciudad fué. La corte de cien reyes está desierta, la silla de cien prelados está vacante, la madre de las verdaderas libertades y privilegios está encadenada, la patria de los héroes está abandonada por los descendientes de estos. La ciudad La ciudad fué. Ya no hay culto, porque las joyas de sus templos se sacaron, sus ministros se disminuyeron; unos gimen espatriados, muchos de dolor murieron, y á los pocos que nos restan recursos para vivir no les dejaron. Ya no hay música ni solemnidad para sus festividades; pero á las armonías del coro de sus seises, sobrevino la fervorosa y balbuciente voz del hombre virtuoso, que si no hiere con gratas vibraciones el corazón de los mortales, sube hasta el Omnipotente y consigue sus misericordias. Ya no penden de las góticas techumbres las feligranadas lámparas que sus bóvedas iluminaban; pero si nos arrebataron ese emblema de nuestra fe, aun nos queda la antorcha de nuestras creencias. Ya no hay cruces de metal precioso. Avida la revolucion fundió en el crisol sacrilego de su avaricia las que la piedad legara; pero aun nos quedan cruces de madera, y en una cruz de madera murió nuestro divino Salvador. Ya no hay casas, ni murallas, ni templos, ni palacios. Todo fué. Solo habitan allí donde estuvo la ciudad, sus mas leales hijos; los hijos que para llorar su ruina escavaron una morada entre los escombros. La ciudad fué... y esa ciudad se llamó Toledo.—L. C. y S.

POESÍA.

Á BLANCA.

Suele tímido corzo en la espesura
Dejar huyendo caudalosa fuente,
Y correr desalado á la llanura,
Como arista que lleva la corriente.
Mas redóblase luego su amargura
Al devorar su pecho sed ardiente,
Y contempla infeliz en su agonía
La fuente que dejára cuando huía.

Tórtola joven el paterno nido
Deja una vez de libertad ansiosa,
Y al recordar que de su cuna ha huido
Vuela fugaz por la enramada umbrosa.
Mas siente el corazón enternecido
Al pensar en su infancia deliciosa,
Y en el monte, y en el llano, en la laguna
Recuerda ¡ay triste! su perdida cuna.

Aguila andaz en el cenit se mece,
Y por mudar de situacion y clima
Su elevacion mezquina le parece
Cuando es su trono de la tierra cima.
Baja fugaz, y súbito aparece
De negra cueva en la medrosa sima,
Y al revolotar por la caverna oscura
Envidia el trono que gozó en la altura.

Asi, mi Blanca, de la paz serena
Gocé feliz tu imagen adorando,
Y al romper nuestra plácida cadena
Quedé ¡ay de mí! tu desamor llorando.
Lloro, como la tórtola, mi pena,
Como el corzo la fuente contemplando,
Y al bajar como el águila del cielo,
Martirio y desamor halló en el suelo.

SEBASTIAN HERRERO.